

CON LAS ARMAS, LA UNIDAD Y EL PUEBLO

Jorge Hernández Martínez

El pasado 26 de julio, los simpatizantes de la Revolución Cubana en el mundo conmemoraron el sexagésimo quinto aniversario del Asalto al Cuartel Moncada —ese memorable hecho histórico que dio inicio a la revolución latinoamericana, al quebrar el sistema de dominación estadounidense en la región—, y recordaron unas semanas después, el 13 de agosto, el 92 cumpleaños de Fidel Castro. Ambas evocaciones, fijadas en la memoria histórica y la conciencia nacional de quienes creen que un mundo mejor es posible y luchan por ello, hallaron expresión en el reciente coloquio, auspiciado por la Cátedra sobre el Pensamiento y la Obra de Fidel Castro de la Universidad de La Habana, en el que el doctor Alberto Prieto Rozos impartió la Conferencia Magistral, sobre la base de su último libro, cuya presentación tuvo lugar en ese marco (*Fidel Castro y la Revolución*, Editorial Ocean Sur, Bogotá, 2016). Allí, el autor destaca “la justeza y valía de la heroica gesta llevada a cabo por el pueblo cubano”, junto a la conducción por su líder histórico, a quién califica como “legendario revolucionario internacionalista devenido en mito político universal; la personalidad más trascendente del siglo XX en América Latina”. Tales palabras precisan de modo resumido tanto la significación y vigencia de la Revolución Cubana cual proceso de profundas, intensas y radicales transformaciones en la situación neocolonial que vivía la Isla en la década de 1950, como el decisivo, imprescindible y excepcional rol del liderazgo político de Fidel, al concebir, organizar y dirigir dicho proceso hasta la toma del poder. Según expresara el propio Comandante el 13 de marzo de 1965 en la Escalinata de la Universidad de La Habana y repitiera el 10 de octubre de 1968 en La Demajagua, al referirse al centenario del comienzo de la guerra de independencia de Cuba, se trataba de la continuidad histórica de un mismo proceso, el de los cien años de luchas. De la iniciada por los Mambises a la culminada por el Ejército Rebelde, convertido en las gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias. “¡Nosotros, entonces, habríamos sido como ellos! ¡Ellos, hoy, habrían sido como nosotros...!”

Fidel Castro y la Revolución es un texto breve, que oportunamente llega al lector en el momento justo y necesario, gracias a la feliz iniciativa de la mencionada casa editora, contribuyendo —según lo señaló el presidente del Instituto de Historia de Cuba, René González Barrios, en la presentación de la obra—, “a desentrañar nebulosas, despejar caminos y brindar luz, concebido para ofrecer a

las nuevas generaciones de cubanos y latinoamericanos una mirada integral del líder histórico de la Revolución Cubana, insertado en el contexto nacional e internacional que le tocó vivir. Tengamos en cuenta que para la generación más joven de cubanos, Fidel constituye hoy más una referencia histórica que el inspirador compañero de batallas al que los menos jóvenes nos acostumbramos a escuchar y acompañar sin vacilaciones en el desafío quijotesco que significó la construcción de una Patria nueva, independiente, soberana, solidaria, humanista e internacionalista, en las mismas narices del imperio más agresivo y poderoso que conoce la historia”.

El XXIV Encuentro del Foro de Sao Paulo, efectuado en el pasado mes de julio en La Habana, fue escenario de reflexiones y debates en torno a lo imperioso de la identificación de la unidad y del antimperalismo como ejes de la visión martiana, expuesta de forma alegórica y predictiva desde las páginas de *Nuestra América*, en 1891, hecha suya por Fidel, al hablar de que “con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de los opresores”, y precisar que “el tigre, espantado del foganazo, vuelve de noche al lugar de la presa”. Como se constató en ese evento, América Latina se encuentra hoy bajo los efectos de una ofensiva reaccionaria, conservadora y restauradora neoliberal, fruto de intereses convergentes y de esfuerzos combinados entre las élites mundiales del capitalismo transnacional, del gobierno estadounidense como su núcleo hegemónico, y de las clases dominantes aliadas. Como lo reconociera la Declaración Final del cónclave, “con ello se ha logrado hacer retroceder a las fuerzas de izquierda y progresistas, mediante el derrocamiento de gobiernos, los golpes parlamentarios y judiciales. La derecha imperial y las oligarquías subordinadas han amplificado para ello los errores y las limitaciones de las fuerzas transformadoras, que sufren reveses y a la vez poseen inmensas potencialidades de lucha. Ello explica en un grado fundamental el cambio adverso en la correlación coyuntural de fuerzas imperante”.

En tiempos de ofensiva imperialista, con métodos de guerra no convencional, en los que la oligarquía y la derecha latinoamericana retoman espacios, retrocede circunstancialmente la izquierda, donde la cultura y la ideología son campos de batalla tan trascendentes como los de la contienda bélica. Se impone contar con la unidad de las fuerzas emancipadoras y revolucionarias, evitando el derrotismo y rechazando la nociva concepción que habla del “fin” del ciclo progresista, con su sesgo



desmovilizador. De hecho, si bien se advierte una fuerte tendencia que ha acudido a golpes de Estado legislativos y a procesos de judicialización contra figuras emblemáticas de la izquierda latinoamericana –que aboga por una restauración conservadora en América Latina, como en Brasil y Argentina, y arreciada en el caso de Nicaragua–, Venezuela no se ha rendido ante la avalancha imperial y de la oligarquía interna, ganando legitimidad con el proceso constituyente, en medio de enormes dificultades, Cuba ha completado el proceso de sucesión y transición gubernamental, con un nuevo presidente, y en México el candidato de la izquierda, Andrés Manuel López Obrador, ha demostrado que la tercera fue la vencida, enfrentando un tremendo reto al tomar posesión y comenzar su mandato, ya que no es lo mismo llegar al gobierno que tener el poder. En ese contexto, resulta muy oportuno el recordatorio que hace Prieto acerca de la vigencia de la Segunda Declaración de La Habana, lanzada por Fidel en 1962, cuando señala que en ella “se afirmaba que el movimiento de liberación contemporáneo latinoamericano era indetenible”, y que “debían luchar juntos desde el viejo militante marxista hasta el católico sincero, así como los elementos avanzados de las fuerzas armadas”.

Alberto Prieto es un experimentado historiador y profesor universitario, formado en una perspectiva martiana y bolivariana, discípulo de Manuel Galich e integrante de una generación de historiadores agrupados fundamentalmente en la Universidad de La Habana, donde preside la Cátedra “Benito Juárez”. Durante cuatro decenios ha dedicado reiterada atención a la realidad latinoamericana, sobre todo a su evolución a través de los siglos XIX, XX y de los años transcurridos en el XXI, con énfasis en la articulación del capitalismo en dicha región, en la reestructuración del sistema de dominación continental del imperialismo norteamericano, en los procesos de crisis económica y política, resistencia y luchas populares en los países de Nuestra América. En su amplia labor investigativa se distinguen obras referidas a la burguesía y los movimientos de liberación, a los cambios en el patrón de acumulación capitalista, los cambios en la estructura de clases, el reformismo burgués, las experiencias populistas, los golpes de Estado, la crisis de hegemonía imperialista, los proyectos de integración, los procesos emancipadores y

revolucionarios en la historia contemporánea de América Latina. En su mayoría, se trata de textos publicados en Cuba por la Editorial de Ciencias Sociales y las casas editoras Abril, y Pueblo y Educación, utilizadas como soportes bibliográficos en la enseñanza de nivel medio y superior, así como en apoyo al quehacer de investigadores y nutrientes del acervo académico y cultural – principalmente historiográfico– en los círculos intelectuales especializados en los estudios latinoamericanos, incluyendo instituciones destacadas de latinoamericanística en Estados Unidos, como el Instituto Kellog en la Universidad de Notre Dame, el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chicago y la mundialmente conocida LASA (Latin American Studies Association).

Dada la centralidad que en el pasado, el presente y el futuro de Nuestra América, ha tenido y tiene el papel de Cuba –lo cual asume en su texto Prieto–, es que suma a su expediente creativo la obra que se comenta en estas líneas. En ella puntualiza que “Estados Unidos siempre estuvo decidido a revertir el proceso revolucionario cubano”. Y añade que “Fidel Castro, desde el triunfo de la Revolución Cubana, estaba consciente de lo imperioso que resultaba en nuestra región, rechazar la hegemonía imperialista de Estados Unidos mediante la integración latinoamericana”, y reproduce las palabras de Fidel en su visita al Río de la Plata en 1959, absolutamente vigentes hoy, casi sesenta años más tarde: “Unámonos primero en pos de nuestros anhelos económicos, en pos del mercado común y después podremos ir superando las barreras aduaneras, y algún día las barreras artificiales habrán desaparecido. Que en un futuro no muy lejano, nuestros hijos puedan abrazarse en una América Latina unida y fuerte. Ello será un gran paso de avance hacia la unión política futura, como fue el sueño de nuestros antepasados”.

Estructurado en ocho capítulos, precedido de un prólogo escrito por Abel Enrique González Santamaría, el libro recorre en sus ochenta páginas la formación político-ideológica del líder histórico de la Revolución Cubana, situando antecedentes, contextualizando el proceso revolucionario y deteniéndose en los principales momentos, acontecimientos y coyunturas que le caracterizan, en un trayecto analítico que se presenta al lector con brevedad y

sencillez, evitando abrumarle con informaciones detalladas. El autor consigue conjugar el estilo académico y ensayístico con una narración ágil, por momentos casi periodística, manteniendo una unidad de lectura progresiva que incursiona en la etapa insurreccional, el triunfo de la rebelión e inicio de la revolución, su institucionalización, su política exterior y su proyección internacionalista, sin perder de vista otros elementos, como la constante agresión de los gobiernos norteamericanos –desde Eisenhower hasta Obama–, el desplome del socialismo como sistema, el período especial, el entorno de la lucha en América Latina por la integración y su segunda independencia, destacando el carácter popular, socialista y el antimperialismo de la Revolución Cubana. Las cuidadosas referencias bibliográficas le imprimen un valor agregado al cuerpo del texto básico de la obra.

Al explicar de modo verbal el contenido fundamental de su libro, dejando claro el título del mismo, Prieto precisaría que “de los múltiples aspectos trascendentales que lo distinguen, quisiera resaltar uno de los que considero de mayor connotación. Fidel transformó la conceptualización teórica y práctica de cómo hacer la revolución. Comprendió con una claridad meridiana, con esa capacidad de anticipación que hizo suya desde la más temprana juventud, que el enemigo principal era el imperialismo y sus aliados internos. Desde esa óptica unió fuerzas, creó alianzas y trabajó con los pueblos de varios continentes para que se involucraran en la construcción de un mundo mejor que definió necesariamente como socialista. En sus evaluaciones nunca ignoró las condiciones concretas que signaban la existencia del mundo subdesarrollado, ni tampoco que buena parte de las interpretaciones sobre cómo desarrollar la lucha procedían del contexto europeo. Él fue capaz, bastaría el examen de cualquiera de los acontecimientos de estos años para corroborarlo, de atemperar las mejores ideas procedentes de otras latitudes al contexto tercermundista. Con ese prisma encontró soluciones a problemáticas que resultaron imposibles para otras figuras políticas”.

Al mirar hoy hacia el horizonte político que tiene ante sí la lucha en América Latina por un mundo mejor, en medio de no pocos obstáculos y reveses, vale la pena tener presente que en el enfoque político de Fidel, la derrota estaba descartada, y que las adversidades no eran sino retos que hacían posible madurar y estimulaban la búsqueda de nuevas opciones. En este sentido, al aplicar sus enseñanzas y en especial, al recordar su vocación latinoamericanista e internacionalista, teniendo claro que revolución lleva consigo el sentido del momento histórico, podemos coincidir con Prieto en el reconocimiento de que “Fidel logró el extraordinario éxito político de metamorfosear la rebeldía en revolución y hacerla inderrotable, al contar con las armas, la unidad y el pueblo, evidenciándose entonces

que se había realizado un gigantesco paso de avance en la historia de América Latina”.

Como es conocido, durante la primera década del presente siglo, Fidel estuvo enfrascado en un gigantesco esfuerzo, de la mano de Hugo Chávez, por impulsar y materializar empeños institucionales de integración y concertación en nuestro continente, creyendo siempre en el ideario martiano y bolivariano, en la importancia de la unidad y de la lucha contra la desigualdad, apostando por lo que Carlos Véjar ha llamado la recuperación de la utopía. Acudiendo a sus palabras, se trata de que “la humanidad debiera empeñarse en la búsqueda de nuevos paradigmas que le permitan construir un mundo más equitativo, justo, bello y solidario para todos, del cual Nuestra América deberá ser pieza fundamental. Un mundo en el que el respeto y la preservación de las identidades culturales regionales sea premisa básica para la integración global. La recuperación de la utopía” (“Las claves de Nuestra América”, en *Amanecer en las Islas. Rutas y retos de la integración de Nuestra América*, CIALC, UNAM, México, 2015).

Sirvan estas notas para recordar al histórico Comandante de la Sierra Maestra, en el contexto del segundo año de su desaparición física, ocurrida el 25 de noviembre de 2016, con la convicción de defender la paz, en concordancia con la Declaración de la CELAC, que en enero de 2014 declaró América Latina como zona de paz, respaldando el proceso que llevan a cabo el gobierno de Colombia y la guerrilla, manteniendo el apoyo irrestricto a la Revolución Bolivariana y a las otras causas de la revolución y el progreso en Nuestra América. Con la conciencia de que, como diría el Che, “no se puede confiar en el imperialismo pero ni tantito así”, y compartiendo con Fidel lo que señaló en enero de 2015 en una carta dirigida a la Federación Estudiantil Universitaria (FEU): “No confío en la política de Estados Unidos ni he intercambiado una palabra con ellos, sin que esto signifique, ni mucho menos, un rechazo a una solución pacífica de los conflictos”.

Más allá de la real voluntad que pudo tener el entonces presidente Obama cuando inició el 17 de diciembre de 2014, en pleno acuerdo con su homólogo, Raúl Castro, el proceso de mejoramiento en las relaciones bilaterales entre Cuba y Estados Unidos, encaminado a una eventual normalización, lo cierto es que se trató de un proceso efímero, interrumpido de modo abrupto por Donald Trump, y en la actualidad se advierte estancamiento y retroceso. Pareciera que a Fidel Castro le asistía la razón, al expresar su desconfianza. La historia, una vez más, es la que dice y dirá la última palabra. ☒

Jorge Hernández Martínez. Sociólogo y politólogo cubano. Profesor e Investigador Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), y Presidente de la Cátedra “Nuestra América”, en la Universidad de La Habana.